

Efectos económicos, políticos y sociales de la globalización

por **D. Guillermo de la Dehesa**

*Conferencia pronunciada
el 17 de diciembre de 2001*

Forum Deusto

Efectos económicos, políticos y sociales de la globalización

Guillermo de la Dehesa*

Creo que es fundamental discutir hoy el proceso de la globalización que tiene tanta pujanza y que se está desarrollando tan rápidamente en el mundo. Como todos los procesos, supone cambios muy importantes en la economía, la sociedad y la política mundial, y es necesario hablar y debatir sobre él. Lo primero que hay que constatar es que el, en mi opinión mal llamado, «modelo neoliberal» que no es ni más ni menos que una democracia liberal en una economía de mercado y que sustenta el proceso de globalización, se ha ido imponiendo porque otros modelos alternativos han ido fracasando. Por tanto, no es que se haya impuesto porque hay unos «ideólogos del neoliberalismo» y del «pensamiento único» que han hecho que este modelo se vaya introduciendo con rapidez, sino porque los alternativos han ido perdiendo vigor y los ciudadanos han ido pasándose a este modelo por ser el menos malo o el mejor de los existentes. Hemos sido testigos recientes de la decadencia de otros modelos: el modelo soviético, el modelo de sustitución de importaciones en América Latina y el modelo asiático de los países emergentes del sur de Asia, todos estos modelos han ido desa-

* Guillermo de la Dehesa nació en Madrid y es Licenciado en Derecho por la Universidad Complutense (1962), donde realizó también Estudios de Economía. En relación a su carrera profesional en el sector público, ha ostentado, entre otros, los siguientes cargos: Experto en política de precios en el Ministerio de Comercio (1968), Consejero Comercial de la Embajada Española en diversos países africanos (1971-75), Secretario General de Comercio (1982-86), Secretario de Estado de Economía (1986-88), Subgobernador del FMI y del Banco Mundial, etc. En cuanto a su carrera en el sector privado, cabe destacar: Consejero Delegado del Banco Pastor (1988-1995), Presidente de Gas Madrid (1988-91), Presidente de Fondos Galicia (1990-2000). Guillermo de la Dehesa es Consejero Asesor de la Presidencia del Banco Pastor desde 1995, Presidente de Plus Ultra desde 1996, Consejero de Unión Fenosa desde 1988, así como miembro de otras corporaciones. Ha publicado tres libros y múltiples artículos sobre economía.

pareciendo por falta de eficiencia o de democracia y el mal llamado «modelo neoliberal» ha ido imponiéndose, en sus distintas versiones, como la de EE.UU. o la de Europa Continental, y pienso que es necesario discutir y debatir seriamente en cómo mejorarlo. Veo, de momento, muy pocas alternativas a ese modelo, por llamarle de alguna forma, ya que está solamente a medio camino de implantarse globalmente. Si el modelo se considera como un todo, realmente las alternativas actuales al modelo neoliberal serían fundamentalmente retoques, puesto que tiene aspectos claramente mejorables. Esto no significa que este modelo vaya a ser eterno, ni mucho menos, tendrá que irse adaptando a los continuos cambios de la sociedad y la economía o, de no ser así, empezará su decadencia y, finalmente será sustituido por otro.

Dicho esto, querría, ahora que se habla tanto de la globalización y mucha gente está en contra de ella, añadir que mi intervención va a estar basada en la defensa de la globalización, y en la defensa del progreso, analizando los puntos más positivos, menos positivos, e incluso más negativos que puede tener, pero, en todo caso, en su defensa, ya que considero que es un proceso con más efectos positivos para el desarrollo y el bienestar del mundo de lo que la sabiduría convencional puede pensar.

Mi discurso se basa en los siguientes argumentos: el mundo crece y avanza gracias al progreso tecnológico. Este ha sido el elemento clave del bienestar y el progreso de los dos últimos siglos, pero especialmente de este último, que ha sido, sin duda alguna, el siglo más importante de la historia del mundo, en términos de bienestar, en términos de desarrollo, y en profundización de la democracia, con una diferencia abismal sobre el pasado. Uno de los historiadores económicos norteamericanos actuales más importantes, que se llama Bradford De Long, ha realizado un interesantísimo estudio sobre la evolución de la renta per cápita en el mundo en los últimos diez siglos. ¿Qué ha ocurrido con la renta per cápita mundial en esos diez siglos? De Long demuestra que, desde el siglo XI al XVIII, la renta mundial por habitante estuvo prácticamente estancada. Aumentó algo con el Renacimiento, después de caer durante la Edad Media, y, después, se mantuvo prácticamente plana hasta el siglo XIX. Creció un poco en el siglo XVII y en el XVIII, pero casi se puede hablar de que hubo ocho siglos de estancamiento de la renta por habitante en el mundo. En dicho largo período, la mayoría de la gente era pobre, o muy pobre, excluyendo algunos nobles o comerciantes privilegiados. Es, gracias a la revolución industrial, en 1820, y al comienzo del progreso tecnológico industrial que, en el siglo XIX, se

haya logrado que la renta per cápita mundial aumente un 280 %, en un siglo, cuando había estado casi plana durante ocho siglos, y que, en el siglo xx, se haya conseguido que la renta per cápita mundial casi aumente un 900 %, es decir, que, en un sólo siglo se multiplique por casi nueve. Esto es realmente extraordinario y se debe a que, después de la máquina de vapor, vino el motor de combustión y después vino la electricidad y después ha venido el teléfono y el ordenador y más tarde, ha venido Internet y el auge de las telecomunicaciones, etc. Esto es lo que realmente hace que la productividad y, por tanto, la renta per cápita de los que viven en este planeta haya podido crecer a esos ritmos, por primera vez en la historia. Nosotros nos quejamos mucho del siglo xx pero el siglo xx, de acuerdo con estas cifras, ha sido un siglo extraordinario, aunque, como todo, podría haber sido mucho mejor ya que ha tenido dos guerras mundiales y otras menores, pero también las ha habido en los siglos anteriores, y ha tenido una Gran Depresión y varias recesiones fuertes, pero, en su conjunto, ha sido un siglo extraordinario en términos de progreso y crecimiento.

Como saben ustedes la renta per cápita es el resultado de dividir la renta que se genera cada año en el mundo por el número de personas que viven en él cada año, luego depende de dos variables: el crecimiento de la renta y el crecimiento de la población mundiales. ¿Qué ha pasado con la población mundial en este período? En el año 1000, la población mundial era de unos 350 millones de personas, y en ocho siglos, entre el año 1000 y el 1800, la población mundial aumentó en otros 550 millones de personas. Sin embargo, no aumentaba la renta per cápita, a pesar de lo poco que aumentaba la población, entre otras cosas porque la esperanza de vida era de 30 o 40 años y la mortalidad infantil era altísima. En el siglo xix, la población mundial aumentó, en un solo siglo, 350 millones de personas, y, finalmente, en el siglo xx, ha aumentado la población en 4.350 millones de personas y, a pesar de ello, se ha logrado que la renta per cápita haya aumentado casi un 300 % y un 900 % respectivamente. Son datos reales, no son elucubraciones. Es, por tanto, extraordinario lo que ha ocurrido en el siglo xx, ya que gracias al progreso tecnológico y también social, se ha logrado alcanzar la mayor prosperidad con el mayor aumento de la población.

Este es el lado bueno, el lado positivo, de la importancia que tiene el progreso tecnológico para el desarrollo del mundo. Naturalmente, también, con el desarrollo tecnológico aumenta la desigualdad. Partiendo de que todos eran bastante pobres en 1820, empiezan unos países a despegarse de otros en términos de renta per cápita, ya que, mientras

que hay muchos que siguen estancados, otros consiguen niveles de renta cada vez más elevados. Esta es una de las consecuencias negativas, aunque temporales, del progreso tecnológico. Este mejora las rentas del conjunto de la población de una manera increíble y sin que los ricos sean más ricos a costa de que los pobres sean más pobres. Lo que logra es que todos mejoren, pero que unos lo consigan, al menos temporalmente, muchísimo más que otros, lo que genera diferencias muy importantes de renta durante períodos largos. Este efecto es muy difícil de corregir ya que depende de la velocidad con la que las nuevas revoluciones tecnológicas se vayan extendiendo a todos los ciudadanos y a todos los países.

¿Por qué el progreso tecnológico genera desigualdades? Por un lado, ayuda de manera importante al desarrollo porque mejora rápidamente la productividad al introducir mejoras en los procesos productivos y de servicios, sobre todo en la salud, la nutrición y en los cultivos, que han ayudado muchísimo, en este siglo, a que se reduzca el hambre en el mundo, a que la mortalidad infantil caiga y a que la esperanza de vida aumente en todos los países, en unos más que en otros, pero en todos. Sin embargo, la investigación y la tecnología se desarrollan, como corresponde al mundo capitalista en el que vivimos, por la presión de los mercados, la gente hace tecnología y hace investigación porque quiere hacer nuevos descubrimientos que permitan, no sólo que aumenten el bienestar de la humanidad, sino también que dichas investigaciones sean rentables y, por tanto, que puedan continuar y desarrollarse. Es decir, no se basa en las necesidades de los países más pobres porque, entre otras cosas, ellos tienen poca capacidad de compra y no generan un mercado suficientemente rentable, por lo que tienden a quedar aislados de estos procesos de desarrollo de la tecnología y de la investigación. Pero no es sólo por la falta de mercado, sino también, por la ausencia de investigadores que las actividades de investigación y desarrollo se tienden a concentrar en los países ricos. Algunas cifras son realmente increíbles. La OCDE, con el 19 % de la población mundial, es la que produce el 99 % de las patentes que hay en el mundo. De los 520.000 millones de dólares que se invierten al año en I+D, el 60 % son de origen privado, es decir, están financiados por las empresas mismas, que naturalmente piensan que desarrollando una vacuna, un nuevo producto, un nuevo proceso o toda una nueva tecnología pueden conseguir grandes beneficios. Y es así como funciona el desarrollo tecnológico, y por lo que crea desigualdades. Vemos, por ejemplo, cómo de los usuarios de Internet, que es la nueva revolución actual, el 54 % está en Estados Unidos, ya que fue el primero que lo desarrolló.

O, como decía antes, el mercado no atiende, necesariamente, a las necesidades de los países pobres, por falta de poder adquisitivo. Por ejemplo, de los 70.000 millones de dólares que se invierten en investigación sobre la salud al año, sólo se dedican 300 millones a vacunas contra el SIDA y 100 millones a vacunas contra la malaria, cuando el SIDA produce más de 3 millones de muertes al año, la mayoría en África, y la malaria produce más de 2 millones de muertes al año en los países tropicales. Otro ejemplo: en 1999, de los 1.238 nuevos medicamentos desarrollados, sólo 13 se dedicaron a enfermedades tropicales porque no hay capacidad de compra en los trópicos. Estas son algunas de las consecuencias negativas de este modelo de desarrollo tecnológico, de mercado, que es el que permite que mejoremos cada siglo, pero que, como todo, tiene su lado negativo ya que cada nuevo descubrimiento da una fuerte ventaja inicial a las personas y a los países que antes lo aplican que ya es muy difícil de compensar por otros países que tardan más en ser capaces de absorberlo y aplicarlo o que se quedan descolgados por no tener los elementos necesarios para adaptarse al mismo. Ante esta situación, el mercado puede ayudar favoreciendo con mayor rapidez, la transferencia de tecnología de los productores a los copiadores, pero en otros casos, especialmente en el de los países más pobres y más descolgados, es necesario contar con la solidaridad internacional, tanto por parte de los gobiernos como por parte del sector privado y la sociedad civil.

¿Qué está ocurriendo con la distribución mundial de la renta? En primer lugar hay que analizar la evolución de la pobreza, tanto absoluta como relativa. La «pobreza absoluta» se mide calculando la población que vive con menos de un dólar al día. Lógicamente, todos ustedes, y yo también, piensan que, con un dólar al día en una ciudad occidental, es imposible sobrevivir y que es una vergüenza que haya tantas personas que puedan vivir así al comenzar el siglo XXI. Sin embargo, todo depende del poder adquisitivo que un dólar tiene en cada país. Un dólar en Nueva York no vale nada, pero un dólar en el trópico subsahariano tiene algo más de poder adquisitivo. No digo con esto que sea suficiente para sobrevivir ni salir de la pobreza. Pues bien, en los últimos estudios que se han hecho sobre distribución de la renta en el mundo, la pobreza absoluta se ha mantenido prácticamente estancada en unos 1.200 millones de personas (las cifras que da el Banco Mundial se refieren al período 1987 a 1998) Aunque la pobreza absoluta se mantiene, con una ligerísima tendencia a la baja en los últimos años, la «pobreza absoluta-relativa», es decir, medida en términos relativos, o lo que es lo mismo, en porcentaje de la población mundial, ha

caído más de cuatro puntos porcentuales, del 28,3 % al 24 %, en los últimos once años, ya que en dicho período la población mundial ha aumentado en cerca de 1.000 millones de personas.

El Banco Mundial utiliza otra medida de pobreza que es la que llama, realmente, «pobreza relativa», que es más afinada que la anterior, que consiste en comparar lo que está ganando la gente más pobre en relación a la media del consumo de cada país. Dicha pobreza relativa da una caída del 36,3 % al 32,1 % en el mismo período.

El otro concepto básico es el de «desigualdad», que se suele medir a través de números índices, como los índices de Theil o de Atkinson, o con coeficientes como el de Gini. Los estudios más recientes muestran que ha empeorado a lo largo de los dos últimos siglos. La desigualdad, medida por el índice de Theil ha aumentado en un 58 % desde el 1820 que es cuando empieza la primera revolución industrial hasta hoy. Pero el aumento mayor fue entre 1820 y 1914 y, después, ha sido menor en este siglo de lo que fue en la segunda mitad del siglo pasado, aunque ha empeorado ligeramente más en las últimas cuatro décadas. El aumento de la desigualdad se debe en un 75 % a la desigualdad entre países y en un 25 % dentro de cada país.

Por su parte, el Fondo Monetario Internacional ha realizado un estudio que muestra cómo en este siglo el 25 % más rico de la población ha multiplicado su renta por seis y el más pobre por tres, es decir, que ha aumentado la desigualdad claramente en el mundo, especialmente en los extremos de renta y, en mucha menor medida, en las rentas medias.

La distribución de la riqueza también hay que medirla, ya que una cosa es la renta y otra cosa es la riqueza, esta última es la renta acumulada durante muchos períodos. La más sencilla de medir es la riqueza financiera y los estudios realizados demuestran que también está muy mal repartida. De los 1.025 millones de hogares que hay en el mundo, sólo 34 millones de hogares, el 3,3 %, detentan el 69 % de la riqueza financiera, que se mide por el stock de activos financieros, desde depósitos bancarios hasta acciones o bonos, etc., que tienen las familias. Es decir, la desigualdad de riqueza también ha aumentado.

En resumen, la pobreza se va reduciendo paulatinamente pero la desigualdad va aumentando empujada, ahora, por las nuevas revoluciones tecnológicas. Ahora bien, estas desigualdades no sólo derivan del progreso técnico y de la globalización, que es la palabra mágica para señalar a un «chivo expiatorio» que tiene la culpa de todo. La dis-

tribución de la renta per cápita está determinada por otros factores muy importantes.

El primero de ellos es la población o, mejor dicho, las distintas tasas de crecimiento de la población. Tomemos como ejemplo el período de los últimos cuarenta años. En este período la economía de Europa ha ido creciendo a una media del 3 % anual y su población ha crecido sólo al 0,5 % anual, con lo cual la renta per cápita ha aumentado el 2,5 % anual. Como en el numerador se sitúa el PIB y en el denominador se sitúa la población, la renta per cápita depende de cómo evolucionen ambas variables. El PIB de África ha crecido más, en media, que el de Europa, un 3,5 %, pero su población ha crecido más todavía que el PIB, cada año, un 4 %, con lo que la renta per cápita ha caído al 0,5 % anual. En Latinoamérica el crecimiento del PIB ha sido del 3,5 % anual y el de la población del 3 %, con lo que la renta por habitante ha crecido al 0,5 % anual medio. Ha sido en Asia, donde se ha controlado muchísimo la población, donde la renta por habitante ha aumentado más que en el resto. El PIB ha crecido al 6 % anual, la población al 2,5 % y, por tanto, la renta per cápita ha aumentado al 3,5 % anual de media en estos últimos cuarenta años. Es decir, que el factor de la población es muy importante porque en los países donde la población aumenta mucho más rápidamente que el PIB la renta per cápita cae cada año. Tan sencillo como eso. El factor determinante para resolver los problemas de sobrepoblación es la educación. Las mujeres mejor educadas tienden a tener menos hijos, igual que las mujeres con mayor nivel de educación tienden a contagiarse menos del SIDA. En este sentido queda mucho por hacer y existen medios para ello, como explicaré más adelante, siempre que los países ricos ayuden.

Otros factores determinantes, resultado de unos estudios recientes del profesor Sachs de la universidad de Harvard, muestran cómo los países localizados en lugares más remotos tienden a crecer más lentamente que la media de los países, de ahí la importancia de la globalización. Es decir, los países que no tienen salida al mar ni a ríos, por ejemplo, Afganistán, para poner un ejemplo más claro, crecen un 0,8 % anual menos que un país normal. Sólo por el hecho de no tener posibilidad de acceder a los mercados internacionales, porque no hay vías disponibles de transporte y entonces pagan mucho más caro por todo lo que compran y les cuesta, también más caro exportar lo que producen porque los costes de transporte y de seguros son mucho más altos. Por tanto, los países interiores y las regiones interiores de los países, incluso más ricos o de renta media, tienden a crecer más lentamente que

las zonas que están abiertas al mar o al tráfico de ríos, etc. No sólo esto, existe otro hallazgo, que se llama la «paradoja del clima», que demuestra que los países tropicales, que están ubicados en los trópicos, crecen, de media, 1,3 % menos al año, lo que es muchísimo, que la media. Sólo el impacto de los trópicos sobre la salud reduce el crecimiento en 0,8 puntos porcentuales anuales. Yo he conocido Africa bastante bien ya que he estado cuatro años viviendo en ella y he podido constatar esta paradoja. Si se tiene la desgracia de nacer en un trópico y encima sin salida al mar las probabilidades de ser pobre son altísimas. Este es un problema estructural que es muy difícil de cambiar y que margina a estos países de la globalización. De ahí que no haya más política que tener un elevado grado de solidaridad con ellos y ayudarles a salir de dicha condición a largo plazo, con las políticas adecuadas.

Otro factor determinante del crecimiento y del mayor o menor nivel de renta es el nivel de educación. Si hay una correlación estrecha entre la tasa de crecimiento de un país y un factor cualquiera (se han hecho correlaciones con miles de factores diferentes de todo tipo), el más determinante y que mejor correlaciona con la tasa de crecimiento es el del nivel de educación o de capital humano, ver qué ha ocurrido con la educación de hombres y mujeres en las distintas zonas del mundo. En los países africanos el nivel de escolarización es bajísimo y además la calidad de la enseñanza es muy baja. Por el contrario, los países asiáticos y, en cierta manera, Latinoamérica, han conseguido unos niveles de escolarización mucho más elevados y una calidad un poco más elevada que la de los países africanos. Mientras que en Latinoamérica la tasa de escolarización entre mujeres y hombres es casi igual, en los países árabes y africanos musulmanes, la diferencia entre una y otra son enormes porque los padres no llevan a sus hijas a la escuela, si pueden, aunque esto está cambiando lentamente a mejor. A pesar de que las inversiones en educación son las más rentables de todas a largo plazo, se prefieren hacer inversiones en infraestructuras físicas, que también son necesarias, o, lo que es mucho peor, en armas.

¿Cómo se combate esa desigualdad creciente? En primer lugar, en los países ricos ha aumentado la desigualdad salarial, pero de acuerdo con los estudios que se han realizado, el 60 % se debe al progreso tecnológico, es decir, a la introducción de las nuevas tecnologías de la información y de las telecomunicaciones que hacen que las personas con mayor nivel de educación puedan utilizarlas rápidamente y aumentar su productividad y sus salarios, mientras que las que tienen niveles de educación más bajos no puedan utilizarlas y tengan que contentarse

con niveles de salario más bajos o puedan incluso perder su empleo. Sólo un 10 % de dicha desigualdad se debe a la globalización comercial, que pone a los trabajadores menos cualificados de los países ricos en competencia con los de los países en desarrollo.

En segundo lugar, la reducción de la desigualdad en los países pobres y entre éstos y los ricos sólo se consigue con una mayor globalización que la actual y no con menos globalización, como pregonan muchos movimientos anti-globalización. Es decir, para intentar que mejore la distribución mundial de la renta y que se reduzcan las desigualdades, lo que hay que hacer es profundizar mucho más la globalización, que llegue a más países, que llegue a más personas y que no deje a nadie descolgado.

Voy a proponer algunas medidas que se podrían tomar en ese sentido. En primer lugar, los países ricos deberían reducir el elevado proteccionismo que todavía imponen a los países en desarrollo. El primer ejemplo de este proteccionismo es el agrícola. Para mí, uno de los mayores escándalos que hay hoy en el mundo es que los países del mundo desarrollado, es decir, los de la OCDE, dedican cerca de 300.000 millones de dólares al año a subvencionar su agricultura, cifra superior al PIB del Africa Subsahariana. Y además, imponen unos aranceles a los productos agrícolas de los países en desarrollo muy elevados, cuando no introducen cuotas. Por ejemplo, mientras que el arancel medio de los países de la OCDE es del 6 %, a las frutas y hortalizas provenientes de dichos países se les aplica una media del 180 %, que son su principal fuente de exportación, sobre todo en los países más pobres. A los frutos secos se les carga el 100 % y, además se les imponen cuotas. A la carne, la leche, el azúcar, el cacao, se les cargan aranceles de más del 100 % y también cuotas, como en el caso del azúcar, el plátano o la carne. Lo mismo ocurre con los granos tales como el maíz o el trigo. A las manufacturas intensivas en mano de obra, tales como los textiles, el cuero y calzado, que son también una exportación básica para ellos, se llega a aplicarles aranceles de hasta el 50 %, además de cuotas. Es decir, se le pone aranceles más altos a todo en lo que dichos países son más competitivos. Esto es, realmente, ir en contra de la globalización sin necesidad de protestar en las calles contra ella. La verdadera globalización consiste en reducir los aranceles a cero y quitar las cuotas para todos los países del mundo. Con dichas subvenciones, cuotas y aranceles todo el mundo sale perdiendo. Los ciudadanos de los países ricos poque tienen que pagar las subvenciones con sus impuestos y, además, se les reduce su renta disponible al tener que pagar un precio más alto.

Los ciudadanos de los países pobres porque no pueden dar salida a sus producciones allí donde realmente tienen un mercado con suficiente capacidad de compra. Las cifras, absolutas y relativas son increíbles. En 1996, la Unión Europea dio a cada agricultor una media de 17.500 dólares de subvención, EE.UU. concedió una media de 25.000 dólares, Japón una media de 30.000, Canadá otra de 11.000, y la media de la OCDE fue de 14.000 dólares. Además, la distribución de dichas subvenciones es extraordinariamente desigual. El 80 % de las subvenciones europeas se concentran en los 20.000 agricultores más grandes. En lugar de subvencionar la renta de los agricultores para que cuiden el campo y mantengan el medio ambiente rural, las subvenciones se dedican a subvencionar los precios de los productos. Así, la Unión Europea dedica el 45 % de su presupuesto al 4 % de la población empleada, que son los agricultores, los que, con sus familias, representan el 11 % de la población total. Si ustedes fuesen presidentes de un país y dedicasen el 45 % del presupuesto al 11 % de la población, me temo que no durarían mucho en el poder. Pero aquí no acaba todo, lo único que se consigue con estas subvenciones es crear stocks enormes de cada producto agrícola subvencionado, que luego se vuelven a subvencionar, para venderlos en régimen de dumping a esos países pobres, con lo cual les hundén los precios de sus agriculturas nacionales y arruinan a los agricultores nacionales ¿Es esta la globalización por la que protestan los antiglobalizadores? Porque no tiene que ver nada con ella, sino todo lo contrario.

Voy a dar otro ejemplo, que tiene que ver con la llamada «Ayuda Oficial al Desarrollo» (AOD). No sólo ésta ha ido cayendo, en porcentaje del PIB de la OCDE, a pesar de que el PIB de los países de la OCDE ha ido aumentando, sino que también ha ido cayendo en términos absolutos. A pesar de que el objetivo era alcanzar el 0,7 % del PIB, la media está todavía por debajo del 0,2 %. Además, de esa ayuda al desarrollo, que son unos 70.000 millones de dólares al año, se dedica muy poco a lo que esos países necesitan más, que es educación y salud. A estas necesidades se dedican cantidades ridículas, de pocos miles de millones. En cambio, con la mayor parte de esa ayuda al desarrollo, se intentan colocar lo que los países ricos producen y no necesitan, y, además, con tipos de interés subvencionados. Se les quiere hacer una autopista tremenda en un sitio donde no es necesaria o colocarles bienes de capital o de consumo, que realmente no les sirven para mucho, pero se dedican muy pocos recursos a lo que es necesario para ellos, que es que la gente mejore su nivel de educación y su salud y, eso sí, de paso, por supuesto, se corrompe a muchos de los políticos de

esos países para poderles vender lo que ellos no quieren, pero que están dispuestos a comprar, si ellos salen beneficiados personalmente. Esta utilización de la ayuda al desarrollo es, en mi opinión, otro escándalo mayúsculo de lo que yo llamo antiglobalización. Yo sería partidario de que fueran las mejores y más experimentadas ONG las que distribuyeran, *in situ*, la ayuda al desarrollo a los que realmente la necesitan.

La globalización se desarrolla con bastante asimetría. La globalización comercial ha recibido un fuerte impulso en las dos últimas décadas, y las exportaciones ya han alcanzado el 25 % del PIB mundial y las importaciones superan dicho porcentaje, con lo que más de un 50 % del PIB mundial se comercializa en el exterior. La globalización financiera es la que más se ha extendido y los países en desarrollo han recibido capitales extranjeros a una media de 250.000 millones de dólares año, en los últimos seis años, siendo los flujos de inversión extranjera directa, llevados a cabo por las multinacionales, los más importantes. Del total mundial de la inversión extranjera directa, los países en desarrollo reciben ya un tercio. Los otros dos tercios siguen invirtiéndose en los países de la OCDE. Los flujos de tecnología también han aumentado mucho, en paralelo con la inversión directa extranjera, que es el principal canal de transmisión de la tecnología.

Ahora, sólo me queda hablar de la cuarta pata «asimétrica» de la globalización, que es de suma importancia, que son los movimientos de personas entre los distintos países del mundo. Es decir, la globalización de la mano de obra. Esta es la que menos ha avanzado, a pesar de que, a lo largo de la historia ha sido el elemento fundamental de reducción de las desigualdades de renta en el mundo. Afortunadamente, el hecho de que no haya avanzado mucho no significa que no vaya a hacerlo en las próximas décadas. Si se analiza lo que va a ocurrir con la población mundial, en los próximos cincuenta años, tendremos una visión mucho más clara de cómo va a aumentar la globalización laboral. De acuerdo con el último estudio prospectivo realizado por el Fondo de las Naciones Unidas para la Población, la proyección media señala que en el año 2050 la población mundial alcanzará los 9.000 millones, desde los 6.000 actuales. Ahora bien, el 98 % de dicho aumento se va a dar en los países en desarrollo y sólo el 2 % en los desarrollados. Dicho estudio extrapola las tendencias esperadas de crecimiento de la población, sin tener en cuenta los movimientos migratorios. De acuerdo con el mismo, de aquí al 2050 Europa en su conjunto, es decir, incluyendo la Europa del Centro y del Este, va a perder, 120 millones de personas. África del Norte y Oriente Medio van a ganar 310 millones de personas

y van a alcanzar la misma población que Europa, es decir, 660 millones. El Africa Subsahariana, si se logra erradicar el SIDA, va a pasar de 600 millones a 1.400 millones. Sólo el Africa subsahariana va a aumentar su población en 800 millones de personas. Si el SIDA continúa, sólo va a aumentarla en 600 millones de personas, que va a ser casi el total de la población que Europa tendrá entonces. Asia y Oceanía pasan de 3.500 a 5.000 millones. Norteamérica gana un poco y Latinoamérica pasa de 450 a 870 millones, 420 millones más. España pierde, por cierto, casi 9 millones de personas. Esta tremenda asimetría en el crecimiento de la población va a generar, a través de la globalización, unas emigraciones masivas, ante las que hay que dar una respuesta de clara apertura, ya que, como he dicho más arriba, es la forma más directa que existe de conseguir una igualación de las rentas en todo el mundo, que es lo que ya ocurre en los países desarrollados que tienen mucha movilidad laboral y que consiguen, con mayor rapidez, aproximar las rentas ya que, los que están pasándolo peor, sin empleo o con salarios más bajos, emigran allí donde los salarios son más altos y hay mayores ofertas de empleo.

En este sentido es conveniente hacer un cálculo muy simple comparando los flujos de emigración que hubo en la anterior etapa de globalización con los que pudiera haber en la actual. La globalización anterior duró de 1870 a 1914, período en el que hubo una población media en el mundo de 1.500 millones de personas, y en el que emigraron más de 100 millones de personas, un 6,6 % de la población mundial, de los cuales, 60 millones europeos que se fueron a vivir a América. En la actual globalización, desde ahora al 2050, habrá una población media en el período de unos 7.500 millones de personas, y, si aplicamos el mismo porcentaje de emigración que en la anterior, tendríamos como resultado una emigración de unos 500 millones de personas a lo largo de los próximos cincuenta años, cinco veces más personas que en la etapa anterior. Esto es lo que yo entiendo por globalización. Y cuando yo digo que estoy totalmente a favor de la globalización es que estoy plenamente a favor de estas migraciones. Naturalmente, esos volúmenes tan tremendos de masas yendo de unos países a otros, se lograrán reducir conforme la globalización comercial, la globalización de los capitales y la globalización de la tecnología sea mayor. Cuanto mayor sea la globalización del comercio, estos países podrán vender más bienes y servicios y no necesitarán que las personas que los producen tengan que trasladarse de esos países a los países ricos. Cuanto mayores sean las entradas de capital en estos países en desarrollo, menor número de personas de estos países necesitarán ir a

los países ricos porque podrán tener un empleo. E igual pasará con mayores tranferencias de tecnología que reducirán las diferencias de renta basadas en los diferentes niveles tecnológicos y evitarán mayores migraciones. Los países ricos tienen ante sí una gran decisión que tomar. Si no se abren más a dichos países y profundizan sus intercambios de bienes, servicios, capitales y tecnología con ellos, se verán obligados a hacer frente a una monumental avalancha de personas depauperadas entrando por sus fronteras. Es decir, en este siglo, el futuro de la distribución de la renta, y el futuro de los países desarrollados y en desarrollo pasa por una mayor globalización. Muchas gracias.